

ANTONIO SKARMETA

LA CUECA DOBLE

(Cuento)

"Oprimidme: He sido vuestra;
deshacedme porque os hice..."

GABRIELA MISTRAL

AHORA Rucia que se está subiendo la madera y el taco suelta viruta y el polvo se despide del tablado en una estampida de ángeles y los perros y los pájaros se estrellan contra las damajuanas y el vino te subleva los ojos e hincha tan carnudos tus senos y estás con tus dedos ardientes desgranándome el cuello como si fuera una vid madura y negra, enrédate en este cuero, desengancha un nuevo vaso de vino y líbrame los labios que yo voy a ir buscando la imagen que quieres hasta que masacre tu lenguaje y me haga hombre, por la misma razón que estuve en Nueva York el verano del cincuenta y siete y tu tenías quince años, veraneabas con tu novio y hubo esa cosecha tan formidable de duraznos en el fundo de tu padre que te indigestaste cuando los peones la carretearon a Papudo, y dos meses después te sacaron el apéndice y leíste *Hijo de Ladrón* de Rojas, y comenzaste a componer canciones, y ahí fue donde tu piel se fue dorando hasta tomar esa palidez que asustaba a tu madre, así tus pantorrillas y tus muslos se fueron tostando, se fueron haciendo halagüeños, avasallaron a los chicos de tu barrio, a tus compañeros de colegio, a los maestros de la universidad cuando interrumpí mi clase de literatura ese mes de noviembre que entraste con la solera estampada y la tiza se me pulverizó entre los dedos. Pero ese verano yo estaba lejos de aquí, ese noviembre tenía una lengua hostil, el pelo largo y veintitrés años. Se me inflamaban los párpados, vendí en cinco dólares un cuarto de sangre en un hospital para comer durante una semana, me puse tan débil que los orzuelos me brotaban como flores en primavera. Escribí a casa pidiendo di-

nero y mi madre me dijo que volviera. Mi madre me mandó cincuenta dólares y me pidió que volviera. Pensé que tenía razón, fui al Consulado a pedir que me repatriaran. Los funcionarios me mostraron los dientes, tamborilearon el mesón de la oficina, engolaron las voces en la garganta, levantaron las cejas, se reían saludables durante interminables antesalas en las oficinas del cónsul, cuando supieron que era escritor me preguntaron qué había publicado, pero yo no había publicado nada, yo no había llevado ni una asquerosa cuartilla a una editorial para que la leyera, yo pensaba que bastaba ser escritor para transitar por el mundo tan holgado como el mismo aire.

Y una tarde de septiembre, entre el hastío habitual de los *Mercurios* añejos, de los *Ercillas* desmembrados, mientras era la hora del almuerzo y los elegantes funcionarios abrían las cajas de *Planella* y salían a plena voz a los restaurantes del puerto, conocí a la anciana. Yo arrugué los pliegues de mis pantalones con las uñas, con los ojos expulsados, Rucia, como si la vieja me los estuviese reclamando, más bien como si mi pelo sucio endurecido sobre las sienes me aplastara contra el suelo. Venía con la cabeza de grave, casi oscura; el pómulo se le expandía como una guitarra, Fernando decía que sólo le faltaban las cáscaras de papa sobre las sienes para ser una machi; yo me pregunté qué diablos nos pasa a todos, quién nos deja que nos desprendamos por el planeta como frutos verdes machucados a palos, como frutos maduros reventando en tierras ajenas; qué tenían que ver ese espacio, esos carteles de turismo, el ruido ridículo de los ascensores de *Broadway* con nosotros; y el pelo se le agolpaba tan plácido, y libre, y cano, y la mirada era como una mano dura y torva y otra mano amiga, y me puse de pie con las manos en los bolsillos, con las manos en el cigarrillo, con las manos dándole a la mano, con las manos empuñadas, y sonreí y me puse grave, y la voz se me aflautó como chileno que no quiere que le oigan, cauteloso de no ofender el espacio que la rodeaba con palabras convencionales, sabiendo positivamente que iba a fracasar, que no sabría jamás mi nombre, que el viento se iba a concretizar para separarnos, para hacernos saber lo que era la ausencia, la gran lejanía de las carnes, el peso de los brazos. Yo le vi a la anciana la muerte bailándole en la curva de los pómulos, se la vi reptándole la cadera casi recta, supe que habría que hablarle como un ritual, deseé tener una sinfónica en las venas, un arcángel en la garganta (no me haga caso), oler a mar de mi pueblo natal y que entonces me olfateara, hacerla reír

aleteando como un pelícano maltrecho, conseguir que comprendiera que yo no era joven en vano, y que ella no debiera ser la gran muerta, yo a estrellones la hubiera sacado volando, llevándola de su cabeza de angel arisco, en vez de encender un inmundo cigarrillo y quedarme todo el tiempo bañándome de cenizas. Entonces la llamé por su nombre, ¡traga un poco de esa chicha, mi alma!

Ella puso la mano en mi cabeza y me preguntó mi nombre; pero yo dije que era escritor en cambio, pero yo necesitaba comer algo luego, yo quería sacarme la alucinación que me succionaba como una víbora enferma, y cuando nos dimos las manos mis uñas brillaban afiebradas y ella había triunfado sobre su muerte, la había descuartizado como un gato de lujo, la había emborrachado hasta doblarla sobre su espinazo, hasta que hubo enmudecido como un muro, y yo en cambio no era más que una sola derrota, tenía veintitrés años, aún no leía el último libro de Hemingway, no había dicho mi nombre, necesitaba comer algo y darme una ducha, sírveme chicha.

Ese era un otoño feroz, Rucía, no este otoño de Santiago en que se bebe vino en los talleres de los pintores, en que se recibe la primera lluvia embriagándote en los muslos de una amante, en que participas en airosos mítines contra la injusticia que igual nos aprieta las grupas; ése era el otoño de dos vagabundos caminando entre las fritangas del puerto, quebrando la escarcha de cristal agolpada en las cunetas, los zapatonos de la anciana parecían los calzados de mi abuelo, yo no contaba nada más que con mi aliento, y la bufanda de lana, y mi estómago mendigo, y la vieja silbaba lentamente algo indescifrable entre dientes; me metió las manos en los bolsillos y su zarpa estaba helada; fuimos caminando como dos inválidos por el *Canal* y el *Bowery*, y cada cierto tiempo se detenía a oír los pájaros, a dialogar con la Virgen del Carmen, a mecerse las arrugas que le ladraban en el rostro, a orar a un santo increíble, a esperar un milagro. Un chofer judío nos trasladó por el puente y ella quiso que le tradujera lo que decía, y el chofer había dicho que el invierno iba a ser crudo, que los radiadores se dañan, que había naufragado un barco mar afuera.

Me llevó a su casa, me obligó a que le leyera mis cuentos, encontró bien cuanta bazofia leía, pero yo supe que no me estaba oyendo, o que me oía en un circuito inaccesible, que mis palabras iban a mejorarse a otra tierra con la cual tenía un secreto contacto, supe perfectamente que sólo oía su poesía, que por eso había elogiado a tantos mediocres, que en las ceremonias de besamanos y de políticos,

Rucia, sus yemas la mojaban los labios de príncipes, de bardos medievales, de santos hambrientos y alucinados, de arcángeles anunciadores de apocalipsis y catástrofes; no me dio pan, el pan dormía moribundo en una mesa de mármol; no me dio leche, se veía su textura cristalizada dentro de la nevera; el queso era una nación remota; me sirvió whisky, prometió una cena opípara con verduras y vino y café caliente, yo le dije que no gracias, que no tenía hambre, no me importaba morirme, ni sentía los pies, su carne se había confundido con el cuero del zapato, el licor me naufragó por el espinazo hecho un heraldo demente, un tigre enloquecido, centelleó en mis dientes, se me incendió entre las palabras, los ojos me ardían como una puñalada y la anciana se había escondido tras un sillón donde la oscuridad de las persianas le daba un aspecto de santo de yeso aullando en una iglesia, sólo que el aullido era misterioso, sin voces, sólo la mueca, la actitud del dolor; me hice niño, el whisky me pegó piel a piel el vientre y la espalda, me apoyaba en las márgenes de los sillones para no desvanecerme, le veía la sombra expandirse en la pared como un murciélago ebrio; ella estaba hablando, tropecé con una alfombra o un gato, o con un canario enloquecido, la penumbra nos fue envolviendo de a tango, la lamparilla era ridícula. A horcajadas en el suelo, pegado a sus piernas duras como coces, bebí el segundo vaso, era yo el que cantaba y ella se estaba riendo; yo le dije no importa que me muera, madre, tengo vergüenza, y ella, sigue cantando, y yo estoy cantando, madre, y ella, no llores, y yo golpeando mis puños en la pared, espantando un nudo de aves de mal agüero, y ella, tienes fiebre, y yo, sublévame madre, descuartiza de una vez este silencio que se me infla como una peste, que es un mal absceso, un abismo, y ella, pon la cabeza en este cojín, y yo asfixiaba el sollozo entre las plumas de la codorniz, del pavo real, entre los arañazos de la volatería, le dije me estoy riendo madre, está bien dijo, duerme, tendré cuidado con tu noche experta de carne desvelada, anda que te ondee en el aire, pon tus costillas a la chimenea mi hijo, está bien madrecita, huifa ay, ay, ay.

Y después vinieron los desayunos, la fiebre se me pasaba por las mañanas y el sofá amanecía impregnado de sudor; compartíamos en las noches los terrores a la medicina como una botella de whisky o un atado de cigarrillos; al mero tacto de mis muslos me era fácil comparar cuanto había adelgazado; la nariz se me hacía más aguda mientras se me servía un huevo en el fondo de la copa de plata; me asustaba oírme las muñecas en las orejas. En la primera merienda

nos enfrentamos pálidos y sonrientes, como dos novios después de una noche nupcial exitosa; la anciana estuvo cortés, untó con pasta de cerdo mis panes, dejó caer el chal de lanilla trenzada sobre una blusa de ancho cuello y una confusión de encajes. En la primera página del *New York Times* se anunciaba la segunda nevada para esa tarde; tuve que rechazar su invitación para ir a orar a *San Patrick*, una que nunca supe cómo hacerlo, dos que los pies se me embriagaban como marinos en tierra. La vi salir retardando los movimientos como si le quedara atrás un pedazo de ella misma, u olvidara un discurso en el desván, o escribir una carta, o mostrarme de una vez el cuerpo de verdad que había bajo ese traje de militar prusiano, de ese enigma de sedero turco, la mejor metáfora de una vez, la hermosa, la que nos hacía tan iguales, tan Manrique ese sábado de mañana, tanta copla de rabia. Yo no quiero decir Rucia, que ella fuera mejor que tú, o que yo o que todos nosotros juntos, porque estar vivo es mejor que ser un cadáver glorioso, es mejor beber este vino, comer esta empanada, arañarte este pecho, morderte esta lengua. Y yo era el que iba a comprarle la bandera, pero eso es cuento largo, otra botella compadre, sírvete un cigarrillo.

Volvió a casa y se sacó los zapatonos, los dedos se le asomaban entre esas medias de futbolista y palpaban lentamente el suelo como buscando un poco de tierra, y nevó esa noche, y los pájaros andaban como locos picoteando los ventanales; déjalos que entren me dijo, y los ojos se le habían agrisado porque el cáncer era una nube que le subía del páncreas; yo ordenaba entonces los trozos de leña en la chimenea, perturbaba al gato con la guitarra, silbaba temas de jazz y cuecas choras.

Cuando llegó la secretaria un lunes luminoso, hube de escampar el salón y refugiarme en el altillo. Se regularizaron las horas de comida, llegaron a verla los pintores becados, los diplomáticos sacudían sus pañuelos con petulancia, se hablaba una lengua propia de antecámaras, daban ganas de echar a cacarear gallinas en el salón, de meter pollos y cerdos entre los sofás; qué escribe usted, anciana, cuál es su obra predilecta, ha leído a Robert Lowell, no, tenía que contestar, una presencia extraña me va escribiendo las grupas, me va pulverizando el interior de los huesos, me los deja débiles y huecos como flautas indígenas, la saliva me amanece amarga en las madrugadas; emprenda el viaje, vieja, vaya hacia las pasas y los mangos, pruebe nuestro vino, los aviones son veloces; y la anciana, atravesar América, irse bordeando la cordillera como un puma, sa-

boreando una a una las piedras, ir dulcificando los huracanes y los terremotos con mansedumbre de bestia herida, te imaginas amigo (me hablaba a mí) volando sobre América como un ángel, te imaginas los indios asustados refugiándose en sus chozas de la vieja fantasma, de la vieja inocente perfectamente muerta flotando en un cielo cobalto a pata pelá y alas añejas; y la secretaria depositaba con vehemencia los anteojos sobre un taburete de ónix, y hacía andar en la grabadora las trompetas de plata de la flota de guerra sueca. Y el mundo era en Nueva York una esfera quieta, un azul amplio que te ensanchaba los poros, una nieve que caía sin ruido. Así, mi oreja se fue habituando al roce de sus labios en las horas crepusculares, yo ponía la música que me viniera en gana y ella seguía hablando, la saliva casi empapándome los lóbulos, con el aire suavemente enfermo, levemente ebrio.

A medida que oscurecía más temprano ella iba hundiéndose en el sofá, y yo inicié mi desacato. En cuanto logré comer dos días seguidos pensé que era yo el que iba a vivir y especulé con la posibilidad de explotar comercialmente ese privilegio; la ironía se me convirtió en un hábito enfermizo; apenas dejó de parecer simulado mi entusiasmo por la edición italiana de su libro predilecto que me obsequió en ese rincón teñido de una luz decreciente que iba a amainar frente a un armario de santos de yeso; mientras más indiferente me hacía a la anciana, más iba aprendiendo que se me tenía allí para algo, mi lenguaje no derramaba aún con vigor la trama de su misterio, la piel de su gato erizándose bajo la palma cóncava podría serle más tierna que el país despoblado que yo andaba ocultando como un animal torpe en ese otoño que luego fue invierno norteamericano.

Se lo dije, una noche se lo dije, golpeando los cubos del hielo contra las paredes de un vaso demasiado tiempo vacío, las rodillas apretadas, enjutas, tímidas, tratando de adivinar esas rótulas que decía duras bajo los faldones de un pliego amplio que se confundía con la alfombra, se lo dije. Entonces fue la primera vez que me tocó decididamente; cómo quieres que lo entienda, Rucia, yo no sabía lo que era un bautismo, no sabía que el cuerpo era capaz de extenderse como un planeta, no entendía que existiera otra manera de vivir, yo era un burgués chileno plagado de ceremonias y sonrisas serviles, con los dedos siempre llenos de un cigarrillo, perezoso, iletrado, comilón, mi prosa más débil que un agua de lavanda; mientras mi tacto reduplicaba la textura de mi piel, la carne de la

vieja sabía ser naranja, paloma, miga para las aves que se le epifanizaban en el regazo, un lecho para abrazar el mundo, hasta el país que no existe, el país de la ausencia que es más ligero que ángel. Era de ella esa manera de doblarse el dorso, ese su estilo de revolotear el humo alrededor de los pómulos, aquel su modo de contemplar un pan desmigajado sobre la mesa como si de él se estuviera gestando un nacimiento; me tocó decididamente, la mano no le tembló al trepar mi cadera, las uñas se acunaron en las costillas, me estaba gritando algo con las manos, sus muñecas pulsaron mi piel, como un rastrojo buscando la tierra propicia, no hizo más que enredarme en sus gestos, estaba casi oscuro y un aleteo de ángeles por toda la pieza, una procesión de amigos muertos yéndose al aire con una banda de aldea tocando a Verdi, todo era perfectamente doloroso y enigmático, sólo que la anciana quería algo de mí, que era un invierno en Nueva York, que terminaría por darme dinero la mañana siguiente para que le fuese a comprar una bandera, déjame que me acuerde.

No he olvidado ese día entre mercaderes sirios, que parecían tener ametralladoras en los puños, mientras crecía mi barba lentamente y la escarcha se hacía un hábito en los techos de los automóviles y el cielo se apretaba gris como un tren de carga. Hablé con un griego que no se animó a responderme y miraba el ritmo con que la anafe calentaba el café, con un judío que trató de venderme una bandera parecida, "quien lo va a saber, muchacho, de todos modos nadie la verá, fellow", abrían inconmensurables cajas de cartón y sacaban banderas de países que te juro que conoceremos un día, Rucia; desplegaron varios metros de Cuba, rasgaban grasosos pendones de Australia con dedos febriles, siempre contestaron que tenían una así, o casi idéntica, que tal vez le faltara la estrella, que ellos la pondrían con género plateado, que la bordarían con hilo de oro, que según, me costaría unos doce dólares. Derramaron la bandera de Birmania, la de Yugoslavia, una y otra vez la cubana, una y otra vez la australiana, por último un dependiente negro despellejó su sonrisa centelleándole los dientes como balas blancas y movía la cabeza diciendo que yo estaba equivocado, que no había such a country, que never heard of Chile, que maybe I was confused, que maybe I mean China. Hastiado, entré en tratativas con un sastre hebreo que muy gravemente calculó el diseño y prometió tenerme una bandera chilena para esa misma noche.

El resto de la mañana lo pasé acostado entre los vagabundos de

Washington Square. Desembocando en la fuente seca me hice de un hueco al sol codeando a los folkloristas, a los falsos estudiantes, a muchachas pálidas de chalecos multicolores y desafinados, a perros tiritones que les olisqueaban los tobillos, a negros lejanos que armonizaban baladas jamaicanas acompañándose del crepitar de los nudillos; las chicas se arañaban los muslos tratando de calentarlos, los poetas escribían fumando largamente, cada cierto tiempo palpando la textura del lápiz como si le buscaran la palabra, y ese sol era muy poco para tanta gente, no se prodigaba como una estrella para mortales, se iba haciendo polvo en la caída, desembocaba en una aureola de niebla encima de los jóvenes. Me acurruqué sonriendo entre un grupo de muchachas, una me pasó su brazo y raspó su mejilla en mi barba naciente. Está bien, me dije, he comido durante un mes, ahora puedo ir a otro hospital y vender otro cuatro litro de sangre, mudarme la camisa gris por una vaquera al estilo del village, procurarme un par de pantalones de cotelé, arrendar una Remington vieja y probar suerte con mis cuentos en los concursos. Por lo demás la muerte era un astro distinto entonces, el planeta al que iba a viajar la anciana, qué podía importarme a mí; suponía lo que iban a decir los periódicos chilenos, me imaginaba un millón de pequeñas provincianas invadiendo las alamedas, segmentando la luz de Chile, adornando un nombre que les sería remotamente tierno, como una historia de príncipes narrada por sus padres, como una canción que alguna vez estuvo de moda, y la muchacha esa, Rucia, esa chica regordeta de dientes grandes y comisuras tiernas, de brazos tibios y un poco ridículos, que ahora me ponía su cabeza enfundada en un pañuelo de género escocés, que buscaba apoyarse en mi ombligo, que intentaba decirme algo definitivo en un idioma que empezaba a no entender, me dobló de pronto sobre el espacio como si un alarido se me hubiera inflamado en el estómago, como si algo estuviera pateando en mis sientes. Murmuré una excusa cualquiera; al avanzar entre las gradas iba llorando, se me ocurría que estaba mal, que destrozaba con mis tacos las muñecas y las orejas de los chicos norteamericanos que perseguían ese poco de sol como lagartos, que podrían caer muertos de soledad en esa fuente; en Chile era primavera, iba a ser diciembre, tú preparabas una vacación con tu primer novio en Papudo o en otra playa, yo me fui caminando a lo del sastre, volvería a casa esa noche con la bandera, le pediría prestado dinero a la anciana.

En el cuartucho del sastre hebreo pasé una tarde bebiendo café

amargo mientras la secretaria operaba el hilo entre las sedas; recuerdo que había mucho polvo entre las mesas, que una anciana contaba cuencas estornudando en un rincón. Los pliegues de la bandera colgaban doblándose en las márgenes, la vieja cortaba la forma de una estrella en un paño lenci blanco. De Chile me acordaba entonces de las librerías de viejo de San Diego, de los clubes sociales con chicha agria, de los recitales de poetas curcunchos y alucinados en la sala de conferencias de la universidad, del concierto de una pianista prodigio masacrando enfundada en una melena rubia una pieza de Schumann, del auge de los discos de Lucho Gatica, de los desfiles callejeros del FRAP y de Democracia Cristiana, de Antonio Zamorano galopando a la cabeza de un día nublado enracimado en un ejército de canutos, del amor de hotel y madrugada (galgos hastiados de morderse los labios). ¡Dios mío, mis manos esa vez en la tienda del sastre!, las cartas de una noviecita en los blue jeans afranelados, la gloria de Chile, en una mansión de Long Island, hecha de la misma carne y la misma suerte, y yo aún no me alucinaba verdaderamente, se vivía y se moría por las tristes bandurrias, los pájaros caían tan verticales en el aire de la costa, y qué habíamos sacado, qué habíamos obtenido para Chile, sastre Isaac Goldstein de manos de guagua y ojo torvo, que trompetas suecas van a resucitar a las generaciones consumidas en las pensiones, y a los niños con orzuelos que encumbran volantines y se estropean las cabezas tirándose de los árboles para ver si vuelan, y a los chicos con patas de perro; quién supo que éste es el país que canta; quién mandó a erradicar a los poetas de los hoteles de San Pablo para darles una mesada en la corte (cuidado, canté, con el hermano flaco que canta, dale de comer o te servirá una picota, te anunciará una apocalipsis por la espalda, encumbrará el puñal de los pobres y la santa cena se ejecutará con toneles de viñas de los noblezuelos perversos). Ahí está la bandera que tejes, sastre hebreo; con ella caminaré bajo el brazo para que la anciana enfunde la Virgen del Carmen, y luego la virgen y sus patronos inverosímiles le enfunden a ella como el equipaje de un apóstol; con ella recorreré esta noche la estación de Times Square, olfatearé los afiches de teatros donde se desvisten muñecas inabordables, donde se trama una alegoría, una nación que no comprendo, el paquete me pesará bajo el sobaco.

Por el hueco de la puerta, vi a la anciana oyendo música judía en el gramófono con las uñas en los cristales de la ventana, como esperando una nieve, la visita de un organillero con un bombo, de

una gitanilla con un loro para la suerte, enfrentada a un zodiaco indescifrable; la música era efectista, daba revueltas por el cuarto, embriagaba tanto como un barril de whisky. Entonces, sin alterar el piso ni los tapices, puse la bandera sobre el sillón, me valí limpiamente de la sombra, recogí de un closet cercano a la despensa un par de pantalones, mi mejor chomba, y los puse en un paquete; no tuve presentimientos al tacto de la manilla ni al pisar la nieve. Y cuando entré al hospital a las siete de la mañana de un día de enero en Nueva York, la vieja estaba tan muerta como cualquiera, y un mocetón equívoco le inflamaba de colorete la cara, le desvanecía las arrugas con una crema espesa y emoliente, y las mujeres a su alrededor tramaban un dolor engalanado; "los grandes muertos no nos pertenecen", dijo una de ellas, "los grandes muertos son del pueblo"; pero han pasado años de eso, no es que yo me lo esté olvidando, otra vez tenía hambre, otra vez había reñido con mi muchacha, andaba buscando asilo en la casa de algún pintor con una beca Guguenheim, en mi patria nadie hubiera tocado la cara de la vieja como no hubiera sido para besarla, una barrera de funcionarios probaban que mi patria estaba presente, se veían muchos fotógrafos alquilados, detrás de las gafas de la gente destellaba la delación de un momento histórico importante, la bandera estaba allí, envolvía a la virgen como una ola colorada, alguien había recosido con hilo de plata las puntas torcidas de la estrella. Me fui serenamente a una cafetería a tomar desayuno, fumé el primer cigarrillo. Anduve estrellándome en distintas murallas, transitando del café aguado de las *drugstores* a la cerveza flácida del *Engagé* en el *Low Easta*, empuñando la guitarra a la hora de la matinée para revolver una cueca entre el entusiasmo de los *beatniks*; asistí a recitales de poetas promisorios que sacaban los dientes y la mandíbula muy adelante para masacrar a la sociedad; viví dos días esperando los funerales; rondaba los periódicos como un caballo cojo; en medio del acecho abominé hasta de las fuentes de soda y de las máquinas electrónicas; algo me andaba espoleando, necesitaba dar vuelta el tiempo, retorcerlo como una camiseta, reproducir la agonía de la anciana, apegarme a las paredes del hospital huraño, tocar los ariscos barrotes de los catres, tener el propio testimonio de lo que estaba diciendo, las manos del doctor Vogel, el doctor niño, venciendo con sofismas los recatos de la anciana, quería a Chile como un santo alucinado su muerte, necesitaba el martirio de la anciana para nacer en mi patria, quería una tierra para desgañitar este pulmón cantan-

do, para echar a pensar una cabeza arriesgada y pasional, para merecer el espacio que tan solitariamente me esperaba; había que establecer un contacto, un cortocircuito, una fundición, un acto de amalgamaje, de ligazón, de explosión con esa mujer que estaba tan absurdamente muerta, que se había consumido en el ejercicio de demonio entre la verdad y Chile, y yo, mi compañera, mi buen lecho, mi vino amigo, no quería que la poeta muriera por las tristes bandurrias, necesitaba repletar mi carne con su voz, necesitaba un fundamento, patas más firmes y garras más táctiles, había que empezar a irse despellejando, a empelotarse ante cada piedra, a dejar que la fiebre viniese del aire y excavara el oído con el nombre de las cosas, era preciso volver a escribir, darse vuelta el esqueleto, marearse ante cada hambriento, desangrarse por cada traición a un chilote, por cada mala explosión en una mina, acostarse en la tierra a la hora del terremoto y brincar sobre ella, limpio, con el sol caliente en la testuz, inflamándose las sienes, reventando los fragmentos de tierra arcillosa como si fueran sandías maduras. Asistiría a los funerales y volvería a Chile, en cualquier barco, en alguna nave libanesa, tapizando los sillones de oficiales, ¿no es cierto, Rucia? Y yo métale que andaba rondando los alrededores de San Patrick, mi estómago funambulesco entre los limousines y desgana-dos policías irlandeses, ¡cómo transformarte la neblina en carne de copihues, anciana, brotarte un puma en medio del templo!; me quedé por ahí, ahuachado entre las pilastras; el sol me venía bajando en el tamiz de los vitrales; era enero del cincuenta y siete y aún deambulaban por las calles Santa Claus ebrios, con campanillas hindúes colgándoles del cogote, aún ciertos automóviles inundaban de algodón molido las calles, las motos se habían puesto caparazones de trineo, no se veía ningún pájaro volando, ni nada verde, ni gente sin corbata; yo mismo podría ser un testigo de boda, una prueba de cargo en un juicio criminal, alguien que entra en la iglesia como a una notaría; no, mi amiga; había que irse cuanto antes, instalar con los universitarios una fonda en la Quintrala, hacer una excursión a la costa de Viña con una amante adinerada, pero emigrar de allí rápido. Me puse las manos en los bolsillos, en los hondos bolsillos que me permitían refregarme los muslos, y entonces, Rucia, cuando nada lo anunciaba, cuando el paisaje reunía toda su fuerza para hacerse un ciclón de púas, cuando los funcionarios cumplían dignamente su protocolo, cuando incluso entendía que el dolor en ellos era posible, vi el sarcófago de

mi muerta, amante, inflando la bandera, la que hiciste toscamente sastre Isaac Goldstein en las calles del Bowery, que la ataba como un abrigo de pieles a una friolenta, que se le ensanchaba en la cintura como una falda de huasa, como un vuelo de enaguas en un rodeo; yo no tenía nada que ver con nada, se me fue haciendo la sonrisa, un poquito empujada por la mueca que te hace la cara cuando sujetas la lágrima; lástima que no estuvieras tú entonces (voy a tener que escribirte muchos años en tus cuadernos y en tu grupa esta historia), la calle se me incendió de repente, me brilló el sol de Antofagasta, alguien me miró huraño porque estaba sonriendo más fuerte, o riéndome muy quedo; lástima que no estuvieran allí con sus buenos trajes de gala Alexander Fleming que le dio al mundo la penicilina, ni Ernest Cheron que rompió otra vez más el átomo, ni Johannes Jønsen que tuvo que aguardar tan largamente el epílogo de la guerra, ni Howard Florey, ni Arturo Virtanen, ni ahora inmediatamente, un bosque de delantales blancos; y era eso lo que hacía falta ¡que soplara el viento, mi alma!, el viento de Nueva York, el mar congelado de Manhattan que pasase rasurando las orejas, y mi muerta, Rucia, se levantaba como un toro que no muere, me andaban en la cabeza unos versos, el zapatito roto para que vengas tú y nos cuentes otro, y yo me estaba riendo, me golpeaba las grupas embravecido (aquí en el vientre yo sé bien lo que estoy cantando); y entonces, mi Rucia, tu muerta echó a volar por América, los siete pueblos por debajo se le acigüeñaban a la cordillera madre (déjame que coma, le dijo a Julio, una de mis papas de América, y ahora una de mis gallinas de América), y ahora los indios podrían escrutar los aires para torcer los malos presagios, el ángulo de las alas de las aves les diría el destino en piruetas, y mi muerta volaba tan alto por América; y ahora venía una generación cósmica, la noche de mi cumpleaños vi pasar el primer satélite, pero aún no cantaba, ignoraba mi nombre, no merecía la cintura de mi amante; la vieja había muerto, ¡qué querías que hiciera!, me vine a Chile en un barco liberiano. Esta es un tierra de montañas altas, de mucho sol, por todas partes hay pájaros, y me estoy poniendo bueno pa'la cueca como quien dice; así que me largué a escribir, conseguí la mujer más hermosa, acentué el declive a la chicha.

Y ahora será mejor que salgamos a bailar, Rucia, por la misma.